

Peces en la tierra

*Peces en la tierra. Antología de mujeres
poetas en torno a la Generación del 27*
Ed. de Pepa Merlo. Sevilla: Vandalia, 2010

ÁNGELES MORA

Pepa Merlo ha tenido la osadía de entrar en un terreno doble o triplemente resbaladizo: el terreno de la poesía ya lo es de por sí, el de las Antologías es una pista de patinaje y el de la poesía escrita por mujeres un verdadero palacio de hielo, lleno de recintos o espacios resbaladizos para deslizarse. Y lo mejor es que Pepa Merlo no patina, quiero decir que consigue resolver su empeño, que no es otro que recuperar la voz de un número considerable de aquellas mujeres poetas que surgieron en el entorno de los llamados poetas del 27 y denunciar el injusto olvido que sus nombres han sufrido dentro del canon establecido.

Claro que no todas las poetas que recupera Pepa Merlo tienen la misma calidad, pero incluso las que nos pueden parecer menos significativas, sin duda son recogidas aquí como un síntoma de la gran participación femenina y el impulso que en la época tuvo la presencia de la mujer en ámbitos considerados masculinos, y concretamente en el de la poesía. Sin embargo, sí hay junto a los cuatro o cinco nombres más reconocidos por la crítica, otros nombres casi o totalmente desconocidos, que merecen de sobra la atención que nunca se les ha dedicado, que nos sorprenden muy gratamente y que desde la ventana de esta Antología nos piden una recuperación más completa.

El camino de la lucha de las mujeres españolas por salir al espacio público y romper el cerco que las constreñía, es una larga historia con avances y retrocesos. Resulta evidente señalar que la ideología burguesa, para justificar el papel social que

correspondía a la mujer, la sublimó, la adornó de virtudes solidarias, de cualidades excelsas como la capacidad de sacrificio y entrega a los demás, la bondad, la mansedumbre, la sumisión y la convirtió no sólo en la reproductora de la especie, sino también en su cuidadora, en el sostén de la casa, del hogar y transmisora de los roles sociales dentro de la familia y la colectividad. Y no es menos evidente que ha existido una gran resistencia social a que la mujer saliera de su espacio privado y se convirtiera en competencia y compañía del varón en lo público.

En el campo de la poesía en particular resultó bastante difícil y peliaguda la lucha de las mujeres para saltar ese cerco ideológico. En nuestro país hay que recordar las vicisitudes de las llamadas “románticas”, poetas que en el siglo XIX trabajaron denodadamente por conquistar su lugar. Es fundamental el estudio que Susan Kirkpatrick hizo de este movimiento en su libro *Las románticas*. Mucho lucharon y mucho consiguieron las románticas, pero no dejaron de encontrar la oposición de los poetas, que sólo querían aceptar la poesía de las mujeres si se limitaba y se situaba dentro de los temas que se consideraban femeninos, es decir, honestos, elevados, sublimes, como había de ser el alma de la mujer. Siempre recuerdo, en este sentido, el poema de Rosalía de Castro, una de nuestras más grandes poetas, que se escapó de todos los corsés impuestos a las poetisas (y a la que sin embargo también se le ha regateado frecuentemente su grandeza): “De aquellas que cantan palomas y flores/ se dice que tienen alma de mujer./ Pues yo que no las canto, Virgen de la Paloma,/ ay, ¿de qué la tendré?”

La poesía cursi de la mujer arranca de esta invención del “alma femenina”. La poesía cursi de muchos hombres (Pepa Merlo se encarga de subrayar que también los hombres caen en la cursilería poética), pienso que tal vez arranque de la propia consideración del “alma de la poesía”. La poesía y la mujer se solían identificar demasiado. La mujer y la poesía pertenecían, ideológicamente, al mismo terreno, el de la sensibilidad, del sentimiento. Ya lo dijo Gustavo Adolfo Bécquer: “Poesía eres tú”.

A las mujeres les costó trabajo salir de esa trampa: ¿cómo escribir poesía siendo a la vez poesía y poeta? Había que distanciarse mucho, sacar los pies del tiesto. Y está claro que las mujeres que recoge Pepa Merlo en su Antología los sacaron sin duda. Pero aquella separación o segregación de las poetisas, por un lado, y de la gran poesía o

producción poética de los varones, que constituye nuestra tradición, por otro, se ha arrastrado durante mucho tiempo.

Pepa Merlo en su trabajo comienza constatando un hecho: las mujeres apenas aparecen en las Antologías dedicadas a los poetas del 27. Y empieza a investigar, a indagar. El prólogo que acompaña a la Antología trata en todo momento de demostrarnos que aquellas mujeres poetas que han quedado casi invisibles para la crítica y para los posibles lectores, no sólo existieron, sino que eran absolutamente visibles, que no estaban encerradas en sus casas detrás de los visillos, sino que estuvieron presentes, mano a mano con sus contemporáneos masculinos, compañeros y amigos, en las Tertulias poéticas, en los actos de la Residencia de Estudiantes, en el Ateneo... Y no sólo estaban presentes, también publicaban libros y poemas en las mismas revistas literarias donde publicaban ellos. Claro está, eso no significa que estuviesen verdaderamente integradas, como es lógico.

Pepa Merlo se sitúa en una época histórica: desde finales del XIX a los años 30, concretamente hasta el comienzo de la Guerra franquista que lo rompió todo. Un periodo vibrante en España, que culmina en los años de la II República, con un gran movimiento progresista que favoreció la incorporación de las mujeres al terreno de lo público y algunas importantes conquistas en el camino de su emancipación (voto, igualdad jurídica, divorcio, seguro de maternidad...).

La creación del Lyceum Club Femenino, en 1926, bajo la dirección de María de Maeztu fue un acontecimiento importante para el aglutinamiento de este despegar cultural y vital femenino. En pocos meses, recuerda Pepa Merlo, aparecen cinco revistas femeninas. Para todos los gustos: *Mujer* (republicana), *Nosotras* (marxista), *Aspiraciones* (extrema derecha), *Ellas* (derecha) y *Cultura integral y femenina* (republicana). Las de izquierdas para favorecer la liberación de la mujer, las de derechas para apoyar el papel tradicional.

Minuciosamente Pepa Merlo nos va describiendo el ambiente intelectual literario y de amistad de la época, todo para subrayar la potencia de las voces de algunas de ellas y la gran explosión del mundo literario femenino frente a la mínima recepción que su obra ha merecido por parte de la crítica o de las sucesivas Antologías. Cuando Gerardo

Diego publicó su Antología de poetas en el 34 incluyó dos nombres femeninos: Ernestina de Champurcín y Josefina de la Torre. Curiosamente estos dos nombres femeninos quedaron muy pronto difuminados. La guerra cambió un tanto la trayectoria de estas dos mujeres, que dejan de publicar durante un largo periodo de tiempo. Ernestina vivirá distanciada en su exilio mexicano. Aunque luego en el 72 vuelve a España. Murió en 1999 en Madrid reconocida y homenajeada. Josefina de la Torre cuando estalló la guerra se fue a Canarias, donde inició su carrera como actriz y su relación con el teatro, como actriz o como creadora de una compañía teatral. También es la voz, nos cuenta Pepa Merlo, de Marlene Dietrich en los doblajes españoles de sus películas.

En la relación de poetas recogidas en *Peces en la tierra*, además de estos dos nombres están algunos otros bien conocidos, aunque menos leídos y editados, si exceptuamos el de Carmen Conde y el de Rosa Chacel, que fue más novelista que poeta. Está, por supuesto, la magnífica Concha Méndez, cuyas “Memorias” desataron quizá esta pasión de Pepa Merlo por aquella generación de mujeres artistas, modernas, desinhibidas...Concha Méndez, por cierto, se quejaba al final de su vida de la indiferencia que sus contemporáneos habían tenido por su obra poética y por su persona.

Aunque también en *Peces en la tierra* encontramos nombres casi desconocidos para nosotros, pero que nos impresionan como poetas: Lucía Sánchez Saornil (que se firmaba Luciano de San Saor, como la catalana Víctor Catalá -Caterina Albert i Paradís), Cristina de Arteaga, María Cegarra (más conocida casi por la dedicatoria de Miguel Hernández en *El rayo que no cesa*), Marina Romero, Margarita Ferreras, o la sorprendentemente turbadora Elisabeth Mulder, que está pidiendo ya, tras este aperitivo que nos da Pepa Merlo en su Antología, un estudio detenido y la edición de su obra.

Nuestra autora, pues, pensó que era hora de ir aumentando la escasa nómina de las poetas que surgieron en aquel entorno rico y vitalista del primer tercio del siglo XX. Aquellas mujeres poetas que a pesar de la falta de estímulo por el poco eco, la casi nula recepción de su obra, se esforzaron en publicar e ir abriendo caminos. De algunas ni siquiera ha encontrado libros ni datos biográficos como para poder abordarlas, y nos deja sólo nombres para una posible investigación. No puedo, en este sentido, dejar de

transcribir, para finalizar, un curioso poema de Andrea Salaberri, de la cual nada más sabemos, aparte de que publicó este poema en la revista *Parábola*: “Entre mi ovillo y mi moño/soy mujer,/ palabra postergada,/ rima que no se dice,/ que no es otoño,/ sino mujer./ Besos sin labios,/ labios que nunca dicen/ porque han de dar a luz/ al porvenir y al mundo”.

Enhorabuena, en fin, a la autora por haber realizado tan certeramente ese difícil “patinaje sobre el hielo” al que aludíamos en principio: el hielo que ha congelado, que ha vuelto muda la palabra de la mujer durante tantos siglos.

Afortunadamente, en nuestro país la voz de las mujeres poetas se multiplica a partir de la “generación del 50”. Pero aún queda trabajo por hacer: trabajos como este de Pepa Merlo para que se oiga la voz muda de las mujeres en todos los terrenos.

(Recibido: 01-06-2011; aceptado: 08-06-2011)